DESDE EL LEJANO NORTE HACIA EL REMOTO ORIENTE

Ángel José Fernández
Universidad Veracruzana

Inscrita en la poesía producida en las formas neoclásicas y de preeminente contenido romántico, Laura Méndez de Cuenca (1853-1928) observó el florecimiento del modernismo con prudencia e inclusive con desconfianza. Parecía molestarle el artificio y la ausencia de compromiso por parte del artista, ya hubiera sido en el campo de lo ético, de lo estético o bien dentro del entorno social. Para desmarcarse del asunto, declaraba no entender, en la mayoría de los ejemplos, esas maneras «modernas» de escribir en verso.

Su reticencia por el modernismo quedó plasmada, primero, en una carta remitida a Enrique de Olavarría y Ferrari, su antiguo maestro en el Conservatorio Nacional de Música, donde había estudiado para hacerse profesora de segunda enseñanza;[1] la carta fue escrita en San Francisco, California, el 25 de agosto de 1896. Allí le manifestó, a propósito de haber sido designado profesor de español en la Escuela Normal de México, que iba a contribuir con nuestras letras para que "la futura generación literaria no sea de poetas azules que se inspiren con ajenjo sino con gramática"; y luego, en tono todavía más festivo, sentenció: "¡Ojalá que redima usted las letras mexicanas!"[2] Después, en otra carta a su maestro, fechada en la misma ciudad el 25 de octubre de 1897, al comentarle que su amigo Manuel Caballero abriría en Guadalajara el periódico *Estrella de Occidente,* ironizó en su comentario: "¡Dios quiera que no tenga esa *Estrella* mucho de *cielo azul!"*[3]

Años más tarde, en 1903, al reseñar el libro de sonetos *Relieves,* de Félix Martínez Dolz, la escritora mexiquense indi-

---

[1] Anónimo: "Un buen colegio", en *El Eco de Ambos Mundos,* año VI (jueves 18 de febrero de 1875), núm. 652, p. 3.

[2] Carta de Méndez de Cuenca a Olavarría y Ferrari, en Ms. Biblioteca Nacional de México, Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari, caja 7, expediente 8, documento 50.

[3] Ms. Biblioteca Nacional de México, Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari, caja 8, expediente 1, documento 11.

caba no entender el nuevo estilo, es decir, el de los poetas modernistas, y mucho menos su decadentismo y proclividad arte purista. Esto le dijo como contraste al poeta de Oaxaca:

> No quiero, sin embargo, que usted ignore que *Relieves* me ha ocupado en su lectura toda una mañana, y me ha ocupado deleitándome, cosa que no suele ya sucederme cuando leo las producciones de la nueva generación literaria de México. Sus versos son, a mi juicio, señor Dolz, castizos, claros y galanos, cualidades sin las cuales no concibo la existencia de la poesía. No porque desprecie yo el moderno estilo, sino porque lisa y llanamente no lo entiendo; a menudo me he visto obligada a quedarme en el cuerpo con miles de expresiones de gratitud a otros tantos amables poetas que me han honrado enviándome sus obras, de ahí es que, cuando se me diese la ocasión de leer algo de distinto estilo me desahogo en satisfacción y en contento.[4]

Méndez de Cuenca no entendía la expresión modernista, si esta misma expresión no contraía, al mismo tiempo, una búsqueda; si no ponía de manifiesto el refrendo de un compromiso solidario con el entorno y su comunidad. A pesar de lo dicho, la autora no desechó este tipo de práctica al componer sus versos, aunque, en verdad, la utilizó poco. ¿Será posible la presencia de un modernismo comprometido a la manera en que algunos de los poetas practicaron el romanticismo social?

Méndez de Cuenca parecía estar en la tesitura de Manuel José Othón, aún sin caer en sus extremos, ni entablar las recomendaciones nocivas, como la hecha por el poeta potosino a su colega y corresponsal Juan B. Delgado. Othón le explicaba: tengo la esperanza de que usted "no se irá por esos malos caminos del malamente llamado *modernismo,* tan mal comprendido y peor ensayado por los mentados decadentistas, vates histéricos de morbosas inspiraciones de cuyo contagio Dios libre a usted".[5]

El modernismo de Méndez de Cuenca, como la práctica modernista de Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera, combinó la temática romántica con la expresión modernista (Othón practicaría, muy a su pesar, un modernismo jamás asumido); en el caso de nuestra autora se observarán la anulación de

---

[4] Laura Méndez de Cuenca: "Opiniones sobre el libro *Relieves* de Félix Martínez Dolz", en *El Tiempo. Diario católico,* México, Imprenta de Victoriano Agüeros, año XX (sábado 6 de junio de 1903), núm. 5,896, pp. 1 y 4.

[5] Manuel José Othón: *Epistolario,* glosas, esquema, índices y notas de Jesús Zavala, México, Ediciones de la UNAM, 1946, p. 6.

los artificios del lenguaje y en su lugar privilegiará, por medio de la yuxtaposición de los elementos retóricos y constructivos, los rasgos del compromiso social, y esto quizá como uno de los principales aportes de su expresión poética.

El *corpus* de la poesía de Laura Méndez de Cuenca puede dividirse en tres etapas bien definidas: sus primeros poemas (escritos o publicados en el trienio 1873-1875); los poemas de su madurez (escritos o publicados en el periodo 1884-1905) y sus últimos poemas (compuestos en el periodo 1915-1928).[6] Para nuestro propósito de perfilar su modernismo, esa obra poética puede dividirse en tres secciones: 1) poemas de corte romántico y ciertas expresiones exóticas o modernistas; 2) poemas con predominio de los elementos modernistas y exotistas; y 3) un conjunto de sonetos descriptivos (los últimos de este tipo dentro de su producción en verso), inscritos ya en la etapa de su madurez; en la etapa última de su producción no tocó los temas propiamente modernistas o exóticos; en su lugar retomó la veta experimental, y entonces ejerció una evolución en sentido muy diferente al de los poetas modernistas.

Dentro de la primera sección y su primera etapa se localiza el soneto "A Clemente Cantarell", compuesto en 1874 para ser incluido en la *Corona fúnebre* dedicada a este escritor malogrado, ya que la poeta utilizó giros modernos, ciertamente tempranos, a caballo con los románticos: "Lirio en botón" y "vergel florido", frente a "la pompa de tus galas" o "altivas alas", bien pudieran ilustrar su incipiente incursión dentro de la moda. Si este soneto contiene elementos modernistas, sería en México de los primeros ejemplos de esta nueva forma expresiva.[7] En el tema de su poema "Nieblas", que es de los iniciales de su etapa de madurez, escrito y publicado en 1887 en las páginas de *La Juventud Literaria,* trató sobre el "humano sentimiento", al que retó desde el fondo de su alma, donde "corazón y sentimiento" –y vuelta otra vez a lo mismo– proclamaban, al unísono, el "tedio de la vida".[8]

---

[6] Ángel José Fernández: "Ensayo de una poética para Laura Méndez de Cuenca", en *Literatura Mexicana.* México, Centro de Estudios Literarios, UNAM. v. XXIV (2013), núm. 1, pp. 45-46.

[7] *L* *** [Laura Méndez de Cuenca]: "A Clemente Cantarell", en *Corona fúnebre de Clemente Cantarell, escritor yucateco,* México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1874, pp. 59-60.

[8] Laura Méndez de Cuenca: "Nieblas", en *La Juventud Literaria. Semanario de letras, ciencias y variedades,* México, Enrique Sort de Sanz y José Peón del Valle, directores, Redacción, Calle de Plateros núm. 6 / Administración, Callejón de Santa Clara núm. 6, t. I (domingo 7 de agosto de 1887), núm. 29, pp. 174-175.

Dentro de esta misma etapa de madurez se hallan los únicos dos poemas con predominio de los elementos propiamente exóticos: "Tentación", arreglado en 1893, y "Cuarto menguante", compuesto al año siguiente, es decir, dos piezas de modernismo tardío. Ambos poemas fueron preparados durante su estancia en San Francisco, California, en lo que podría denominarse su exilio voluntario en el lejano norte.

Méndez de Cuenca había abandonado, desde los albores de su viudez, el ostracismo al que la habían orillado la sociedad mexicana y en particular sus compañeros escritores de generación, a causa del suicidio de su amante, el poeta Manuel Acuña, acaecido en la capital de la República el 6 de diciembre de 1873, y luego a raíz de su aparente restitución al vivir en unión libre con Agustín F. Cuenca, el amigo íntimo de Acuña, y tras sus enlaces matrimoniales: el 18 de octubre de 1877 celebraron su boda eclesiástica en el Sagrario Metropolitano de México, y el 15 de noviembre siguiente se casaron por lo civil.[9]

Lo que siguió fue una relación de pareja convencional, con altibajos y siete alumbramientos, de los que solamente sobrevivieron dos hijos: Alicia Rosa y Horacio. El matrimonio Cuenca Méndez vivió unas semanas en Veracruz y unos meses en Orizaba, en donde Agustín dirigió *El Amigo del Pueblo,* papel impreso que dio aliento a la campaña política del general Apolinar Castillo para alcanzar la gubernatura del Estado de Veracruz, y en donde Cuenca ocupó –tras el triunfo de su candidato– algunas comisiones, tanto en el Gobierno estatal como en el Ayuntamiento de Orizaba.

El matrimonio Cuenca Méndez volvió a la Ciudad de México en noviembre de 1883. Todo lo que siguió hasta la mitad del año siguiente puede resumirse en dos acciones concatenadas: el irrefrenable avance de un mal hepático de Cuenca, su agonía y muerte, el 30 de junio de 1884, y el resurgimiento de la viuda como escritora profesional. Tres tipos de trabajo habría de realizar Méndez de Cuenca, a partir de entonces y durante los años sucesivos: la docencia en diversos planteles de párvulos y primeras letras y el trabajo en las redacciones de los periódicos *El Mundo, El Universal* y en *El Correo Español,* con el añadido de la preparación y hechura de sus productos literarios: escritura y publicación de poemas, artículos, crónicas, cuentos y «versiones

[9] Mílada Bazant: *Laura Méndez de Cuenca: mujer indómita y moderna (1853-1928). Vida cotidiana y entorno,* Toluca, Gobierno del Estado de México / Colegio Mexiquense, 2009, p. 236. (Biblioteca Mexiquense del Bicentenario).

libres» de poetas de expresión francesa, inglesa, latina, griega y alemana.

El 25 de octubre de 1889, el Ayuntamiento de la Ciudad de México la destituyó del cargo de directora de la Escuela de Párvulos número 2, a causa de su doble jornada: ser profesora de infantes, por las mañanas –en el universo matutino–, y por las noches tornarse en redactora de periódicos como *El Mundo,* en ese tiempo propiedad de Vicente Sotres, como después lo hizo en los citados *El Universal* y *El Correo Español.*[10] Tras el despido, Méndez de Cuenca comenzó una nueva etapa en su vida de escritora: se concentrará en los oficios editoriales y decidirá, al promediar 1891, marcharse al extranjero. Se estableció en San Francisco, California, en donde fue editora, redactora y profesora de español.

En San Francisco daría el vuelco a su estilo de poetizar, incluso experimentaría con temas antes no trabajados, o ni siquiera sospechados. En este sentido, "Tentación" y "Cuarto menguante" son poemas únicos dentro de su obra. Ambos son explícitamente modernistas, aunque lejanos uno del otro por su tema, técnica y contenido. Los identifica, por lo demás, la depuración del verso y su construcción metafórica.

"Tentación" resulta ser la solicitación de un tetrarca de Oriente a una pastora, "virgen idumea"; es un ruego de amor. El desarrollo del poema, escrito en cuartetas de métrica binaria –usa en todas las estrofas dos endecasílabos y dos heptasílabos, con el esquema de rima ABab, en serventesios, salvo en la última estrofa, que mezcla, con la misma rima, dos endecasílabos, un heptasílabo y otro endecasílabo–, relata la declaratoria de amor y lo que ofrece el gobernante a la pastora, a cambio de sus amores.[11]

Quiere el solicitante que los ojos de la doncella, "azules de turquesa", le den "luz y abrigo". A cambio de sus "trigales rubios", le dará "macizos carros de lucientes llantas" y pondrá a sus pies sus "esclavos nubios"; le ofrecerá sus palacios, desde donde ha de contemplar

> las pirámides cónicas,
> los dombos de alabastro;

---

[10] Mílada Bazant: *Laura Méndez de Cuenca: mujer indómita y moderna,* pp. 180-181 y 183.

[11] Laura Méndez de Cuenca: "Tentación", en *Diario del Hogar,* México, Tipografía La Literaria de José María Mata, año XXIV (domingo 18 de diciembre de 1904), núm. 80, p. 1

donde el baño, en medio de la plaza, estará dispuesto "al pie del sicomoro"; y en donde será levantada la taza "de mosaico" y "los surtidores de oro"; los pórticos, colocados por doquier, estarán "bruñidos" y serán

> de mil colores y dibujos raros,
> en ébano esculpidos
> y en pórfido de Paros.

Después de la dilatada descripción de los elementos suntuarios del palacio, pasará a describir al pormenor el tálamo nupcial: el lecho "de nácar" estará ornado de "purpurina seda de las Galias" y "pieles de leopardo"; sustituirá "la túnica celeste" por "la nívea estola recamada en plata" y canjeará "la sencilla veste" por "el manto de escarlata". Allí en la recámara, la pastora-reina será auxiliada por las "siervas", quienes la "ungirán"

> con bálsamo oloroso de lentisco,
> con pastas de verbena,
> de nardo y malvavisco;

allí los "eunucos tracios" le servirán

> …el *lacryma* incoloro,
> en copas de topacios,
> lapislázuli y oro.

En suma, la pastora será la «reina», *su* reina: recibirá en dote sus "riquezas", será objeto de "honores". Y todo a cambio –descontando por obvia su belleza– de solamente sus "cantares" y sus "amores". El solicitante, al final, esperará la respuesta, una respuesta que el lector del poema jamás conocerá.

"Cuarto menguante" fue arreglado en sextetos agudos isométricos con versos decasilábicos compuestos y la formación de dos semiestrofas (cada una integrada por un pareado y un verso agudo final), lo que le dará, de hecho, aspecto y carácter narrativo al poema.[12] Está compuesto por un total de 90 versos divididos en 15 estrofas (la primera y la última son idénticas, por lo que el relato se tornará en cíclico):

> Azota el viento la callejuela.
> Junto a la cuna la esposa vela
> entretenida con su labor.

[12] Laura Méndez de Cuenca: "Cuarto menguante", en *Diario del Hogar,* México, año XV (sábado 14 de noviembre de 1896), núm. 51, p. 3.

Y al otro extremo del gabinete,
puesto de codos en el bufete,
con su fastidio lucha el señor.

Los temas principales del poema son el tedio, el *spleen* y el adulterio. La mujer se hallará anclada en el pasado, en

la incomparable noche de boda,
la fugitiva luna de miel.

El marido se aburrirá "de aquella calma, / de aquella vida quieta del alma". La estrofa se rematará así: "Ella suspira; bosteza él".

En el desarrollo del texto, la mujer "se abisma" imaginando el futuro de su pequeño hijo: lo supone muerto "o mendigando por la ciudad", bajo el desamparo del padre que, al descubrir el adulterio, abandonará hogar, mujer e hijo. En tanto, el marido por su parte evade la realidad "vagando su fantasía / por otros mundos", y a través de sus sueños, en donde se transforma, naturalmente, en "un héroe".

Después viene, prolija, la descripción del "saloncito pequeño y grato", lo que significará dentro del poema un cambio de ambiente, el sitio de la relajación, el encuentro y el ayuntamiento. La voz poética se convertirá, además de prolija, en miniaturista, donde lo descrito simbolizará, premonitoriamente, los escenarios del desenlace posible de esta historia, en la que el personaje femenino habrá de ser "la impura reina de esa mansión":

Un saloncito pequeño y grato;
la alcoba oculta tras un retrato
que aclama a voces su antigüedad;
en el aspecto de la persona,
en su apostura y en la tizona
que lleva al cinto con gravedad.

En el calado biombo de laca,
esbelta grulla su cuerpo saca
por entre arbustos de rosa y té.
Y mariposas de canutillo
liban los mirtos de gusanillo
en los cojines del canapé.

Junto al dorado tibor de China
cuelgan los paños de la cortina,
abierta en gajos ante el balcón.
Y frente al piano de media cola
ensaya un aire de barcarola
la impura reina de esa mansión.

A continuación aparecerá en escena el "Don Juan", quien le entregará como cumplido galante "un ramillete de crisantemas", que ella deshojará "sobre el diván"; el don Juan tomará "sorbos de moca", mientras la dama habrá de ejecutar al piano "una sonata de Rubinstein", que preparará el ambiente propicio para el encuentro amoroso:

> Y en lo más grato del cabeceo
> arde la sangre, quema el deseo
> y avergonzado corre el amor.

Luego desaparecerá de la escena el don Juan, mientras el esposo vaga "por otros rumbos", situado "al otro extremo del gabinete, / puesto de codos en el bufete", internado en su propio y fantástico acto de evasión:

> El tiempo vuela. Y a breve rato
> gira la puerta con el retrato
> del caballero del espadín.
> Del novilunio la luz escasa
> entra a la alcoba cual tenue gasa
> por la ancha reja que da al jardín.
>
> Piafan, al peso de medianoche,
> los impacientes potros del coche
> que al amo espera frente al portal.
> Y en la penumbra –y en el misterio–,
> los acres goces del adulterio
> gastan la dulce fe conyugal.

La imaginación de Laura Méndez de Cuenca tomó para la hechura de este par de ejemplos exóticos, sus poemas "Tentación" y "Cuarto menguante", sorprendentes cuanto inusitados recursos técnicos, expresiones poéticas y situaciones humanas, pensadas desde su domicilio en el lejano norte, en San Francisco, y localizadas en los escenarios del remoto Oriente o del decadentismo: Judea, Idumea, Paros, Corinto, Las Galias o bien, como ocurre en el segundo de sus poemas, en el espacio citadino. Ha planteado la autora dos escenarios amorosos de distinta tesitura; pero ha echado mano de igual técnica poética, propiamente modernista. En la técnica para construir sus figuras metafóricas y sus descripciones, inusuales a lo largo de su poesía original, han quedado plasmados los universos de lo ignoto, predispuestos siempre en los moldes del verso clásico español.

APÉNDICE

TENTACIÓN

El tetrarca magnífico de Oriente
de amor habla a la virgen idumea,
al borde de un torrente
de la feraz Judea:

"Pastora: escucha de mi amor el ruego;
oye latir dentro del pecho mío
un corazón de fuego,
aterido de frío.

"Vente conmigo; que me den tus ojos
azules de turquesa, luz y abrigo;
te lo pido de hinojos,
vente, vente conmigo.

"Yo te daré, por tus trigales rubios,
macizos carros de lucientes llantas,
y mis esclavos nubios
estarán a tus plantas.

"En mis palacios de columnas jónicas
verás del sol al esplendente rastro,
las pirámides cónicas,
los dombos de alabastro.

"Se ostenta en medio de marmórea plaza
el baño, al pie de erguido sicomoro;
de mosaico es la taza,
los surtidores de oro.

"Por doquiera, los pórticos bruñidos,
de mil colores y dibujos raros,
en ébano esculpidos
y en pórfido de Paros.

"Vasos de jaspe y áureos candeleros
rompen el tono del tapiz oscuro,
que cubre los tableros
del elevado muro.

”Y sostienen las cúspides doradas
y rojas cual la flor del terebinto,
columnas repujadas
de cobre de Corinto.

”Desde sus urnas de ágata lechosa,
mis dioses, a los que hago sacrificios,
te verán tan hermosa
que nos serán propicios.

”La purpurina seda de las Galias
orna el lecho de nácar que te guardo,
y hollarán tus sandalias
mis pieles de leopardo.

”Cambiarás por la túnica celeste
la nívea estola recamada en plata;
por la sencilla veste,
el manto de escarlata.

”Mis siervas ungirán tu tez morena
con bálsamo oloroso de lentisco,
con pastas de verbena,
de nardo y malvavisco.

”A tu mandato, mis eunucos tracios
te servirán el *lacryma* incoloro
en copas de topacios,
lapislázuli y oro.

”Reina serás en mis nativos lares;
te daré mis riquezas, mis honores,
todo por tus cantares,
todo por tus amores”.
. . . . . .

Junto a su potro númida, que ufano
aspira el acre olor de la floresta,
el patricio romano
aguarda de la virgen la respuesta.

[San Francisco de California, 1893].

CUARTO MENGUANTE

A Manuel Larrañaga Portugal

AZOTA el viento la callejuela.
Junto a la cuna la esposa vela
entretenida con su labor.
Y al otro extremo del gabinete,
puesto de codos en el bufete,
con su fastidio lucha el señor.

Ella recuerda su vida toda:
la incomparable noche de boda,
la fugitiva luna de miel.
Mas él se aburre de aquella calma,
de aquella vida quieta del alma.
Ella suspira; bosteza él.

En lo futuro, triste e incierto,
ella se abisma: ve a su hijo muerto
o mendigando por la ciudad.
Y al contemplarle durmiendo en gracia,
piensa en lo inmenso de la desgracia
que lleva a cuestas la humanidad.

Deja él vagando su fantasía
por otros mundos, y se extasía
en lo que en sueños mira entre sí;
con el concurso del pensamiento
se torna un héroe, se forja un cuento,
y se disipa su tedio así.

*

Un saloncito pequeño y grato;
la alcoba oculta tras un retrato
que aclama a voces su antigüedad;
en el aspecto de la persona,
en su apostura y en la tizona
que lleva al cinto con gravedad.

En el calado biombo de laca,
esbelta grulla su cuerpo saca

por entre arbustos de rosa y té.
Y mariposas de canutillo
liban los mirtos de gusanillo
en los cojines del canapé.

Junto al dorado tibor de China
cuelgan los paños de la cortina,
abierta en gajos ante el balcón.
Y frente al piano de media cola
ensaya un aire de barcarola
la impura reina de esa mansión.

Su cabellera baja ondulante
sobre la falda lisa y brillante
de vaporosa túnica azul.
Y dos calandrias juntan el pico
en el paisaje de su abanico
de concha nácar y leve tul.

Sobre su seno, como un tesoro
preso en cadena de esmalte y oro,
luce la dama pardo reptil.
Y cuando el bicho la cosquillea,
tiembla de espasmo, ríe y arquea
su cuello blanco como el marfil.

Siguen los sueños color de rosa:
en la morada de aquella diosa
vese a sí propio nuestro don Juan
desenvolviendo las rubias yemas
de un ramillete de crisantemas,
que ella deshoja sobre el diván.

O ya apurando sorbos de moca,
mientras al piano su dama toca
una sonata de Rubinstein.
Y por el humo del rico habano
dama, bujía, banqueta y piano
como entre nubes sus ojos ven.

Por fin, el sueño baja a la estancia.
Ruedan las flores ya sin fragancia,
sube a los ojos blando sopor.

Y en lo más grato del cabeceo
arde la sangre, quema el deseo
y avergonzado corre el amor.

El tiempo vuela. Y a breve rato
gira la puerta con el retrato
del caballero del espadín.
Del novilunio la luz escasa
entra a la alcoba cual tenue gasa
por la ancha reja que da al jardín.

Piafan, al peso de medianoche,
los impacientes potros del coche
que al amo espera frente al portal.
Y en la penumbra –y en el misterio–,
los acres goces del adulterio
gastan la dulce fe conyugal.

*

El viento azota la callejuela.
Junto a la cuna la esposa vela
entretenida con su labor.
Y al otro extremo del gabinete,
puesto de codos en el bufete,
por otros mundos vaga el señor.

(San Francisco de California, 1894).